

mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado: y ya en posesion de este mi último destino, asistí á coronaciones y entradas régias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fuí una de las víctimas del dos de Mayo; escuché amores; ví aparecer y desaparecer grandezas; serví á conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Únicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años: que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuídole con el alquiler de ocho maravedís, he venido á producirle sesenta y ocho mil cuatrocientos treinta y dos maravedís, ó sean dos mil ciento cuarenta reales y maravedises; esto es, cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital."

Aquí calló la silla, interrumpida por un expresivo signo de desagrado del Dios bermejo, á quien no parecia complacer tan prosáica narracion. Con que despues de una breve pausa, encarando la severa faz á la preopinante; siempre fué de viejos charlatanes (exclamó) el aprovechar la ocasion de un tantico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino á ellos solos.

D. RAMON DE MESONERO Y ROMANOS.

AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE.

PARA que la muerte no nos tome desacordados de suvenida, pondrémos delante de los ojos del ánima, que vamos camino, y que las casas en que moramos son mesones ó ven-

tas donde anohecemos, segun aquello del Apóstol: No tenemos en esta vida casa hecha de mano de hombres; mas nuestra morada es eterna en el cielo: que todo el tiempo que vivimos en este cuerpo, estamos como peregrinos alongados de nuestra tierra. Por donde nuestro camino se compara á camino de romería, que no hace parada, segun aquello que dice David: Los peregrinos del cielo yendo iban, y lloraban sembrando sus buenas obras. Dice que caminaban andando, porque no hay ninguno que deje de caminar á la muerte; mas el que pone su aficion en la tierra, camina quedándose en el cumplimiento de sus apetitos. . . . El verdadero cristiano, que sabe que tiene la vida no para gozar de ella sino para ensayarse en hacerse vecino del cielo, tiene siempre delante de sí el blanco á que tira. Por no perder aquel blanco, no hay trance ni riesgo que varonilmente no sufra: y hace su cuenta que dia vendrá, que amaneciendo no le anochezca, ó anocheciendo no le amanezca; y que este dia no ha de tardar, pues en fin ha de venir. Demas desto debe hacer de cada dia toda una vida cumplida, y que haga cuenta que no tiene mas de aquel dia que tiene en presencia. . . . Si la diligencia que hoy tengo me hace cada hora mas diligente; por la misma razon la pereza de hoy se me aumenta mañana con nueva pereza.

De aquí se arguye el yerro de aquellos que estando en la juventud, proponen de hacer penitencia en la vejez: como es verdad, ó que lo dejan por pereza, ó por estorbo aparente, ó por esperanza de larga vida, ó por confianza en la misericordia divina. . . . Por cualquier de estas causas que deje de hacer penitencia en el tiempo presente, mientras mas anda el tiempo les crece mas esta causa, y se les torna el parto del erizo, que mientras mas se dilata, es peor á la madre, á causa de las puas de su hijuelo que cada dia se le paran mas duras: y tanto se puede dilatar el parto, que mate á la madre. De esta misma manera los buenos propósitos dilatados, como la dilacion sea causa de peoridad,

abortan las ánimas al infierno, el cual está lleno de hombres que tuvieron buenos propósitos, y con dilacion ordinaria nunca los sacaron á luz.

De aquí parece la gravedad de la pereza, en la cual se encastilla el diablo para hacer guerra ordinaria á los hombres. Y aunque entre los pecados mortales se pone á la postre, no fué porque sea menor que los otros: mas pónese porque es la retaguardia de todos los vicios, así como la soberbia se pone en la delantera porque es la vanguardia del escuadron, entre los cuales dos, discurren todos los vicios. Y pienso yo que aunque en gravedad es mayor el pecado de la soberbia, en extension abarca mas la pereza. . . . Esta es tan cosaria, que saltea por todas las edades, descuida á los que presumen de ser singulares cuasi por todas las horas. Y el mayor anzuelo con que la pereza pesca á las ánimas descuidadas, es el color de la recreacion, con el descuido de la cual osa poner su brazo en las altas vigiliias de los varones perfectos. Y como hoy entra por poco, crece mañana, y esotro dia hace un portillo, hasta que de poco en poco se empodera en la torre del homenaje, y pone en descuido las buenas costumbres, y sepulta la diligencia en el rio Leteo, que es el olvido de la continuacion y perseverancia de las virtudes.

Destá manera la pereza es lo mismo que la *rémora* porque retardando el curso de los buenos propósitos, hace parar no solamente á los novicios que no se ensayaron en los ejercicios de la virtud; mas aún á los ancianos de la milicia cristiana hace tornar atrás de su largo camino. . . . Por esta *rémora* veréis apostatar á los niños de la señal de la virtud, á los muchachos crecidos de la obediencia, á los estudiantes del silencio, á los mancebos de los consejos, á los hombres de la prudencia, á los viejos de la franqueza. Por esta *rémora* veréis apostatar á los alguaciles del zelo, á los alcaldes de la justicia, á los jurados del juramento, á los regidores de la república. Por esta *rémora* veréis apostatar á los barones de los amparos, á los mariscales del buen asiento, á los marqueses de la guarnicion de las rayas, á los condes

del acompañamiento, á los duques de la guía segura, á los reyes de la conservacion de la paz, á los emperadores de la concordia del mundo. Por esta *rémora* veréis apostatar á los casados de los trabajos del matrimonio, á los clérigos del habito clerical, á los frailes del monasterio, á las monjas del menosprecio del mundo que de boca dejaron, á los curas de sus parroquias, á los obispos de sus apriscos, á los cardenales de la coadjutoria apostólica, á los patriarcas de la promulgacion evangélica, y á los papas del báculo pastoral. . . .

EL MAESTRO ALEJO VENEGAS.

MENOSPRECIO DE LA CORTE Y ALABANZA DE LA ALDEA.

¡EN cuánto yerro caen los hombres que son en sus hechos acelerados, y en sus consejos voluntariosos! No queremos vestir la ropa sin que esté justa, ni gustar la fruta sin que esté madura, ni comer la carne sin que esté manida, ni beber el vino sin que sea añejo, ni edificar la casa sino con madera seca; ¿porqué queremos emprender negocios con consejos verdes, con los cuales ántes nos ahumarémos que nos calentaremos? Las cosas que tocan al punto de la honra y al respeto de la vida, mucho ántes se han de tantear que no se vengán á determinar. . . . Entre todas las vanidades, la mayor vanidad de todas es, que estudian los hombres cómo han de disputar, abogar, juzgar, y hablar, y que ninguno se ocupe en saber como ha de vivir! mayormente que el bien morir depende del bien vivir. Los hombres que presumen de gravedad y se conservan en autoridad, deben estar siempre muy avisados en que no les noten de caprichosos en lo que emprenden, ni de mudables en lo que hacen: por que el mayor defecto que en un hombre se puede hallar, es tenerle por mentiroso en lo que dice, y por inconstante en lo que emprende. El de rostro vergonzoso y corazon generoso ha

de mirar lo que comienza y de lo que se encarga : y si fuera cosa justa y hacedera, debe morir y atras no tornar ; porque en los negocios muy dificultosos allí es adonde se hacen los hombres muy afamados. Si no fuera dificultoso y quasi imposible Aquiles matar á Héctor, Agesilao vencer á Biante, Alejandro á Darío, César á Pompeyo, Augusto á M. Antonio, Sylla á Mitrídates, Scipion á Annibal, M. Junio á Pyrro, y el buen Trajano á Decéballo ; nunca aquellos tan ilustres varones fueran, como son, en todo el mundo nombrados. . . .

En el corazon del cortesano que es verdaderamente cristiano y no mundano, muy gran competencia traen entre sí el favor del medrar y el fervor de se salvar : porque en las córtes de los príncipes, á dó los hombres pueden valer, y aun á dó se suelen perder, lo que pasa en este caso es, que cuando crece el favor, luego afloja el fervor. . . . Por manera, que la adversidad los torna cristianos y la prosperidad cortesanos. . . . Es tan deseada la salud, es tan apetitosa la honra, es tan sabrosa la hacienda, y es tan halagüeña la privanza, que vemos infinitos procurarla y á muy poquitos menospreciarla. ¡ Oh cuán heróico corazon tiene el que la corte deja, y de la antigua conversacion se aparta, y á sí mismo olvida, y la privanza que tenia menosprecia ! . . .

Perdone el lector que esto leyere el autor que lo dice y á la pluma que lo escribe, es á saber : que no hay hombre tan prudente en esta vida, que no tenga un resabio de locura ; y si llaman á uno sabio y á otro loco, no porque no es él tambien loco como el otro, sino porque el otro sabe mejor encubrir su locura que no él. Si algunos hay que acierten en lo que hacen, no son otros sino los que retraen sus cuerpos de muchos vicios, y refrenan sus corazones de vanos deseos : porque nuestro cuerpo esnos en la compañía mas que vecino, y en los apetitos mas que enemigo. Mas trabajado es de refrenar el corazon que no de gobernar el cuerpo ; porque el cuerpo cánsase de pecar, mas el corazon nunca de desear. . . . ¡ Oh cuán dificultoso es de conocer el corazon del hombre ! lo cual parece muy claro, porque muchas veces nos

hace entender que la hipocresía es devocion, la ambicion que es grandeza, la escaseza que es granjería, la crueldad que es zelo, la desenvoltura que es elocuencia, la extrañeza que es severidad, la locura que es gravedad, y la disolucion que es diligencia.

FR. DON ANTONIO DE GUEVARA.

CARTA DE DN. JUSTO BALANZA.

GRACIAS á Dios que se le acabó á V. la mina, señor lamentador, y que los ciegos cesarán ya de aturdirnos los oidos con sus ayes y clamores, y con su ironías forzadas. Ya no tendremos cada semana una pepitoria de retratos, concluidos unos, otros en bosquejo y otros á medio hacer, que no sabia uno donde fijar la vista sin que se encontrara con un nuevo estrago de los tajos y reverses de su viperina lengua. Ahora me permitirá V. que yo me tome la misma lincencia en las cartas que voy á dirigirle, y prepare sus costillas para sufrir las tornas con la misma paciencia y buen talante con que los demas hemos tolerado sus extravagancias. No tema V. sin embargo que voy á entrarme por el campo trilladísimo de las personalidades ; pudiera sacarle algunas á la cara si no estuviera convencido de que la de V. es materialmente de vaqueta, y que un hombre que hace gala de lo que los demas miramos como una afrenta, al paso que irrita por su impavidez, desarma el brazo del que le apalea por la insensibilidad con que lo recibe. Tampoco se figure V. que voy á ensangrentarme con un partido, que se va haciendo de moda, gracias á lo mal que han sabido atacarle los particulares y los gobiernos : que no parece sino que unos y otros se han empeñado en bruñirle á fuerza de frotar sobre él. No basta tener razones, se necesita tambien saber expresarlas, y este don no suele ser comun á todos. Algun dia querrá Dios que tome la pluma quien sepa manejarla, á quien en vez de sarcasmos, calumnias y bufonadas, siga el estrecho sendero

de la lógica, y nos ilustre sobre un negocio que hasta ahora no presenta la claridad necesaria.

Dejemos pues, señor lamentador, suspenso este punto, que por ser el mas del dia, habré de tratar con mas prolijidad en otra ocasion. Vamos ahora á recorrer otros muchos de los que V. toca en sus cartas, y algunos que se ha dejado en el tintero ó que solo ha indicado con una lijera pincelada. Todo público gusta de burlas, pero no todos las entienden todas, y hay objetos en que la mas leve equivocacion, induco á errores funestos. Yo bien sé chancearme, porque, como decia Cervántes en boca del canónigo, toda mi vida fuí aficionado á la farándula; pero al paso que procuraré imitar el estilo de V. y aún acaso sus ideas sobre ciertos objetos, sabré tambien revestirme de severidad en otros y no tendré mas compasion con V. mismo que la que V. ha tenido con los demás. El público imparcial desea que se le hable con confianza, y que se le muestren las cosas como son en sí, para darles el valor que se merecen. V. ha sabido agradecerle hasta ahora, pero es necesario saber si este aplauso es un triunfo de la razon, ó si es efecto de los colores demasiado vivos de que ha usado V. en sus pinturas.

D^o. SEBASTIAN MIÑANO.

AL S^o. D^o. FERNANDO VII.

LIBRES ya los españoles, al amparo de sus instituciones, sentirán el eficaz estímulo, hasta ahora casi embotado, con que la naturaleza nos mueve á buscar nuestro engrandecimiento, no en el terror de los pueblos vecinos, sino en el cultivo de las artes y ciencias, verdadero adorno del entendimiento. Pero si les dará gran realce la contemplacion y el exámen del universo, y de cuanto en él se contiene, mucho mas lo ilustrará el estudio de sí mismos, por el cual ya hallando en lo pasado ejemplos para lo futuro, ya penetrando los mas ocultos senos del corazon, perfeccionen el arte de

governar. Publicando sin embarazo sus pensamientos, todos pondrán la mano en esta obra; V. M. á su frente, animará sus esfuerzos; y verán cumplidos sus deseos los que apoyan la libertad en el imperio de la ley: de la ley, que asegura en manos del diligente lo que adquiere con sus sudores, que arregla el modo de transferirse el dominio de las cosas, que abre las fuentes de la riqueza, que fomenta la poblacion, el mas precioso tesoro del estado; de la ley, con nadie indiferente ni desdénosa, atenta á todas las personas, enseñadora de sus obligaciones, guiadora de sus actos y contratos, cuidadora principalmente del mas solemne entre los particulares, sin el cual no hay virtudes ni sociedad: de la ley, celadora de los magistrados, directora de los gastos y cargas públicas, ordenadora de la milicia; de la ley, que enteramente no cumple con sí misma, sino fuera madre de los huérfanos, báculo de los ancianos, consoladora de los tristes, socorredora de los miserables: escudo y baluarte de los buenos, azote y cuchilla de los malos.

No se confundirá ya con lo que mas repugna á su naturaleza. No llamaremos leyes á la consulta de un corto número de magistrados perpétuos, que dicten, ejecuten y apliquen las resoluciones, y cuyos acuerdos, por vigorosos que sean, es fuerza lleven claras señales de deferencia á la voluntad de la corte, ninguna á la del pueblo. Todavía daremos ménos aquel augusto nombre á los caprichos de un privado, que prescriba á los consejeros lo que han de decir, ó se propase á despachar órdenes por sí solo, deshechas luego y substituidas por los antojos del que le derroque al suelo.

Investigad, señor, estudiad las leyes que nos regian, cuando en estos términos eramos gobernados: dormido el derecho, dispierto el propio interes, desautorizada la justicia, promulgada la sinrazon, flujo y reflujo, perpétua contradiccion de órdenes y decretos. Y chocando estos en seguida con los privilegios de cuerpos ó individuos, con los fueros particulares, con las ordenanzas municipales: perdiendo en el encuentro sus fuerzas unos ú otros, y proviniendo de aquí un

número sin número de leyes y resoluciones : acaecía en aquel caos oscuro y confuso de complicadísimos y contrarios elementos, que por último á la desdichada nacion no regia, para decir verdad, ley alguna. Multiplicáronse con el desórden los empleos, con la impunidad los desaciertos. En tal conflicto si volvian los españoles la cara á su rey, le miraban sorprendido y engañado : si á los favoritos, venales y corrompidos ; si á los magistrados, débiles y mudos. . .

No recelo, señor, que en los tiempos venideros aflijan á España males tamaños : ántes por la sabiduría de la Constitución, admitida por V. M. y por vuestro solícito zelo melisonjeo de que rebosará en bienes. Á manera del diligente cultivador, que no satisfecho con sembrar la semilla recibida del dueño, prepara la tierra con diversas labores para lograr abundantes cosechas, no solo anunciará V. M. las leyes y nombrará los encargados de su ejecucion, sino que discretamente arreglará el modo como se haya de cumplir lo establecido. De vuestra mano espera su galardón el mérito : á vuestro cuidado está el órden público : á vuestra disposición las rentas : á vuestra prudencia la paz y la guerra : de V. M. fia España el anhelo de que en todo el mundo se respete su pabellón.

DON J. MUSSO Y VALIENTE.

ELOGIO DEL TRABAJO.

Ley y precepto es de Dios el trabajo que queremos alabar : porque quebrantado por el primer hombre el primer mandamiento, mándale Dios que salga del paraíso, y dále por heredad la tierra y las cosas en ella tenidas ; pero con tributo y carga que con trabajo continuo la esquilmasse, y trabajo no así limitado, sino que cuanto durase la vida durase. Y aunque suene como pena este trabajo, medicina y remedio es para sanar del mal pasado, para que trabajando se mereciese lo que se perdió comiendo. Cuanto

mas que, aunque fuere por castigo no mandara Dios al hombre cosa que de sí no fuera buena, y por su mandamiento se santifica : así que dió el trabajo por medio para gozar de la tierra, y para merecer el cielo. Es cosa cierta que nunca grande cosa se hubo sin trabajo : las cosas que con él se alcanzan dan mas gusto. Quien quita el trabajo, quita el descanso : al cansado y trabajado todo le es sabroso y dulce : el comer le da sabor ; el dormir, descanso ; y los otros placeres todos los toma con deseo. El que nunca cansó ni trabajó, en ningún descanso puede tornar entero gusto. Pues volviendo á los bienes corporales, el trabajo hace á los hombres discretos, sueltos, sabios y avisados. Todas las cosas el trabajo las alcanza : él viste los hombres y los mantiene, y les hace casas do moren, caminos por do anden, navíos en que naveguen, armas con que se defiendan : innumerables son los bienes que se siguen del trabajo. Las tierras estériles y sin provecho, el trabajo las hace fructíferas y abundosas ; las secas y sin agua, él se las trae abriendo las entrañas de la tierra por do pasen. Alza la tierra donde es menester, y humilla las montañas que nos hacen estorbo. Hace los grandes y muy caudalosos ríos torcer su camino, haciéndolos caminar por las tierras secas y sin agua. Y aun puede tanto, que adoba, y enmienda la naturaleza ; y aun muchos veces la fuerza á procrear lo que de su voluntad no haria. Los bravos y fieros animales doma y amansa : aviva los ingenios de los hombres, y los otros sentidos y potencias. . . . Pero si queremos alcanzar la contemplación : todas las cosas que vemos que Dios crió, cuanto mas perfectas son, en cierta manera tanto mas trabajo parece que podemos decir que les dió. De las superiores, el sol continuo se mueve ; la luna nunca está queda ; los otros planetas y cielos siempre estan en continuo movimiento : el fuego no sabe estar sino obrando : el aire nunca pára de una parte á otra. Pues las inferiores ; las aguas, fuentes, ríos, todos corren y caminan ; la mar tiene continuas mudanzas y corrientes. Y mira la tierra ; que aunque no tiene movimiento, porque así con-

vino para que en ella trabajasen y morasen los hombres nunca descansa, ni deja de producir y procrear yerbas, árboles y plantas, como aquella que está obligada á mantener tanta infinidad de hombres y otros animales. Porque todo lo juntamos, ¿qué otra cosa es naturaleza, sino continuo trabajo de criar, formar, hacer, deshacer, producir, corromper, alterar, organizar y obrar continuamente, sin parar jamas ni descansar? Ser verdad lo que tengo dicho, bien lo dan á entender los sabios filósofos antiguos, pues nunca hacen memoria del trabajo sino en su loor. Habiendo dicho los bienes causados por el trabajo, parece que estaban claros los males que de la ociosidad se siguen. El aire no solamente quiere moverse, pero detenido, se corrompe. El agua encharcada, no usada se daña. La tierra que no se trabaja ni rompe, no sabe llevar sino espinas y yerbas sin provecho. Claramente vemos como el oro no labrado ni lucido, no muestra su hermosura; y el hierro y todos los otros metales se pierden no usándose. Las provincias y tierras no habitadas ni trabajadas, son pestilenciales y estériles; de manera que el uso parece que las purga y sana.

PEDRO MEJÍA.

LA CASA DE LOCOS.

Con esto salieron del soñado, al parecer, edificio, y enfrente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castra-puercos: pandorga prodigiosa de la vida. Y preguntó Don Cleófas á su amigo, qué casa era aquella, que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento.

Esta es la casa de los locos, respondió el cojuelo, que ha poco se instituyó en la corte entre unas obras pías que dejó

un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habian parecido. Entremos dentro, dijo Don Cleófas, por aquel postiguillo que está abierto, y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguán, donde estaban los convalecientes, pidiendo limosna para los que estaban furiosos. Llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. Á la puerta de una de ellas estaba un hombre muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla, y sentado en una banqueta sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El cojuelo le dijo: aquel es un loco arbitrista, que ha dado en decir, que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso mas hojas de papel, que tuvo el pleito de Don Alvaro de Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo Cleófas, que son los locos mas perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano, y aquellos papeles que le ha escrito, como si pudiera ver lo uno, ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oídos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramático que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel que está á la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traído porque siendo cochero que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pie. Esotro que está en esotro de mas arriba con un halcon en la mano, es un caballero, que habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería, y no le ha quedado mas que aquel halcon en las manos, que se las come de hambre.

Allí está un criado de un señor, que teniendo qué comer, se puso á servir. Allí está un bailarín, que se ha quedado sin son bailando en seco. Mas adelante está un historiador, que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres dé-

cadadas de Tito Livio. Mas adelantes está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dió en decir que habia de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado que se desvaneció en pretender plaza de ropa; y de letrado dió en sastrer, y está siempre cortando y cosiendo garnachas.

En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero, y no comiendo mas que un pastel de á cuatro, ni cenando mas que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula, es un músico sinsonte, que remeda los demas pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio, porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esta casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo, se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás, si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres; que, queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas; y está atada allí en una cadena, porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa el sol ni á todas las estrellas.

En aquel pobre aposentillo enfrente, pintando por defuera de ellas, está un demonio casado, que se volvió loco con la condicion de su mujer. Entónces Don Cleófas le dijo al compañero, que le enseñaba todo este retablo de duelos: "Vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros."

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA, *el Diablo cojuelo*.

OPINIONES SOBRE LA CESION DE LOS PAISES BAJOS.

Cosa fué esta, que alegró á las Provincias Católicas, y las puso en esperanza de alcanzar algun dia los frutos de una larga y segura paz. Con todo esto, aunque el contento era comun, y los parabienes universales, no dejaban muchos de discurrir variamente, cada cual, como se acostumbra, segun su caudal y sus afectos. Decian, y en particular lossoldados, que habian de empeorarse las cosas de la guerra, si de España no se acudia, como hasta allí, con las provisiones necesarias para ella: lo que era de temer, hallándose exhausta de dinero, y con obligaciones entónces de nuevos gastos. . . . Desayudaba no poco la vejez del Rey, tan combatida de enfermedades, que no habian menester sus ministros ménos tiempo para resolver las causas, supuesto que con todos sus achaques habia de poner en ellas la última mano, que despues de resueltas en llevarlas á la ejecucion: y de ámbas cosas inferian, ó que faltaria á las fuerzas militares, con que se conservaba la parte de los Estados que se poseia, la asistencia conveniente; ó que, habiendo de darlas venia á quedar la corona de España cargada de los mismos gastos, y privada de una tan noble parte de su imperio. Y los que ménos bien sentian de esta donacion, añadian ser extraña manera de liberalidad la que no sólo daba lo que tanto vale, sino que se obligaba á conservarlo costosamente. Los enemigos de nuestra grandeza, y en particular los Olandeses, discurrían con mayor libertad sobre esta accion, y presumían entre todas cosas alcanzar los intentos secretos del Rey, burlándose de que pudiese haber concebido esperanzas de traerlos por aquel camino á la obediencia, y de que los tuviese á ellos por tan fáciles de ser engañados, que le pareciese no habian de tener por sospechosa la donacion de unos estados tan ricos y poderosos á su hija y sobrino, cuyos nietos, á buen librar, no habian de vivir, decian, ménos zelosos de la grandeza de España, que los demas reyes y

potentados á quienes es sospechosa y formidable. Alegaban en prueba de esto algunos ejemplos, presumiendo que en los príncipes no puede haber virtudes, sino las que ellos llaman políticas, y que el agradecimiento y memoria de los beneficios no les son comunes con los demas hombres. Y así juzgando que contradecía á esto la donacion, desvelándose en descubrir algun motivo mas íntimo, no concurrían por ningun caso en que pudiese haberse consolado el Rey de perder para siempre una parte casi la mejor de su monarquía. . . . Otros de ménos malicioso, y al parecer mas acertado discurso, hacían de mas larga y delgada vista la prudencia del Rey, pareciéndoles que pudo poner los ojos en que no dejando mas que un hijo varon, tras cuya vida recaía en la Infanta la monarquía, era bien darle el marido que en tal caso escogiera; y no casándola ahora con otro príncipe, dejar sujeta la grandeza de su casa á tan posible desastre. . . . Las provincias obedientes, como no les tocaba poner los ojos mas que en su particular beneficio, recibiendo por la mayor parte sumo contento de haber de tener *crasigo* á sus señores, esperaban tambien por sus medics grandes medras en el bien público; y parecíanles que, cesando en los rebeldes el odio contra el Rey, que mamaron con la leche del Príncipe de Orange, y acordándose de haber oide encarecer á sus padres ó abuelos la felicidad de aquellos tiempos en que les gobernaban príncipes de su nacion, vendrían al fin á caer en la cuenta, y apartarse de las demas pretensiones. . . .

No faltó tampoco quien introdujese el medio de estos extremos, como de ordinario sucede á los perplejos: linaje de consejeros inutilísimos, si ya mas propiamente no los llamamos perniciosísimos. Aconsejaban estos que se hiciesen todas las demostraciones necesarias para persuadir al frances que se iba con resolucion de pelear, que con esto era sin duda que no aguardaria: como si fuese posible saber las resoluciones ajenas, ni accion de prudencia librar en ellas el provecho propio: fuera de otro daño, muy ordi-

nario y anejo á este género de consejos, que no haciendo el enemigo lo que se imaginó que haría, como sucede las mas veces, es menester variar en la misma ocasion aceleradamente, y ya se ve cuán grave error es reservar para entónces lo que pide tan diferente espacio.

D. CÁRLOS COLOMA.

DISCURSO SOBRE LAS ARMAS Y LAS LETRAS.

QUÍTENSEME de delante los que dijeren que las letras hacen ventajas á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratajemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo.

Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin.

Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las